

LA BANDERA RADICAL.

REVISTA SEMANAL DE INTERESES GENERALES

DIRECTOR Y ADMINISTRADOR—CÁRLOS MARIA RAMIREZ.

SUMARIO DEL NUMERO 7.

Guerra á la Guerra.....	} POR CARLOS MARIA RAMIREZ.
Cuestiones de Salubridad.....	
Reformas judiciales jueces amovibles y defensa libre.....	
Partidos orientales y partidos argen- tinos.....	
Los Palmares (Continuacion).....	POR EMILIO ROMERO. POR CARLOS MARIA RAMIREZ.

Revista de la Semana y sueltos diversos.

Guerra á la guerra.

I.

Los acontecimientos toman inevitablemente el giro de la guerra, y nueva sangre, nuevas ruinas, van á ser el resultado de esa política funesta.

El deseo de paz queda perdido é impotente en algunos espíritus aislados, como una de esas miradas anhelantes que en vano quisieran detener el rápido torrente cuyas aguas arrastran al objeto de nuestras afecciones acendradas.

Una vez mas, los orientales necesitan poner á prueba su valor, su temeridad y su extravío.

Una vez mas, quieren embriagarse en la copa sangrienta de esa gloria que es el tósigo letal de la República.

Esperemos, sin embargo, que la saciedad ha de llegar; y con ella la reaccion benéfica del sentido comun, de la verdad, de la virtud patriótica.

Opóngamos desde ya el espectáculo de la paz, de la rehabilitacion, de la reconstruccion nacional, siquiera sea como una imájen consoladora y alhagüena, al espectáculo de la guerra, de la ruina, de la disolucion que por el momento nos apremia con vigor y realidad irresistibles.

Mientras los partidos se despedazan y se matan, envolviendo en su nefanda lucha la suerte sagrada de la pátria, mostremos que esos partidos pueden reconciliarse y entenderse en el terreno pacífico, sin abdicacion, sin mengua, sin perjuicio para ninguno de ellos y con provecho y honor para la patria.

Al mismo tiempo que las pasiones irritadas se entrecrocán y desprenden la siniestra chispa de los ófios, alcanos el faro inmortal de los principios, destellando el puro resplandor de la fraternidad moral.

Estendamos sobre las negras sombras del sepulcro que la guerra civil nos abre, los albores radiantes de la aurora en que la trasfiguracion puede operarse.

Esos esfuerzos no serán del todo estériles, porque inspirándolos una idea justa, moral, humanitaria, han de sobreponerse á su impotencia, han de sobrevivir á su derrota, como las verdades eternas que los llevaron á la accion.

La fuerza material no dá derecho alguno; puede triunfar en el campo de batalla, y quedará vencida ante la suprema autoridad de la razon.

Esa fuerza despojada del principio que la hace estable y duradera, tiene que mantenerse en agitacion perpetua y despedazarse en su interior, por el gérmen de disolucion que la devora.

Es una fuerza que sublevará otra fuerza, sin abrir jamas un horizonte de reposo, de tranquilidad y de progreso.

La justicia, solo la justicia, sinceramente buscada y lealmente aplicada, es la solucion eficaz en que la sociedad se detendrá algun dia como en el término definitivo de su peregrinacion dolorísima.

No reneguemos de esa bandera proscripta y despreciada; amémosla con efusion en sus tristes horas de infortunio, para tener el derecho de evocarla y de llamarla nuestra, cuando llegue el dia en que todos quieran colocarse bajo su proteccion y sus auspicios!

II.

Hay una nocion de buen sentido, que los actuales bandos no pueden desconocer sino bajo la influencia de preocupaciones muy profundas y de pasiones muy violentas.

Cuando un pueblo se divide en dos fracciones armadas, que luchan porque ninguna de ellas encuentra garantías de bienestar y de sosiego bajo el dominio esclusivo de la otra,—¿puede concebirse algo mas sensato, mas equitativo y racional que la organizacion de una autoridad provisoria en la cual todos puedan tener confianza, y bajo cuyo mando, se dirima el conflicto por las prácticas normales de las instituciones vijentes?

Aquí no hay derecho divino que un partido invoque para usufructuar el poder, con esclusión eterna y absoluta del partido adverso.

Aquí no hay sino dos partidos que tienen igualmente el derecho de vivir en su propio pais, ejerciendo en él la parte de soberania que sus medios naturales y legítimos pueden darle.

El partido que exija mas de esto, que aspire á mas, es un partido usurpador y despótico, cuyas exigencias y cuyas aspiraciones deben ser rechazadas y condenadas con la mayor severidad.

La resistencia del partido colorado ha sido legitima en la lucha actual, como legitimo fué el ataque que le trajo el partido blanco en Marzo de 1870.

Si este combate por recuperar sus derechos perdidos, aquel combate por no perder los conquistados; y el duelo tiene que proseguirse mientras no se encuentre el medio de que el uno recupere sus derechos sin que el otro se vea en peligro de perderlos.

Es necesario que los blancos tengan garantías contra los colorados, y que los colorados tengan garantías contra los blancos; de otro modo es imposible volver al ejercicio de las instituciones democráticas.

Un gobierno de partido seria una amenaza perpétua y fácilmente degeneraria en lazo indigno de prepotencia y de opresion.

Un gobierno ageno á los partidos, es una imposibilidad material en los buenos tiempos que corremos.

Solo un gobierno de transaccion, que ambos partidos formen y acepten de comun acuerdo, es la autoridad bajo cuya supremacia puede alcanzarse la pacificacion del pais.

En las sociedades regulares, que han dado á sus partidos formas civilizadas y que conocen el verdadero mecanismo de las instituciones políticas, donde todo es transigencia, flexibilidad, armonia, las combinaciones conciliadoras que tranquilicen y satisfagan á los partidos en lucha, vienen á ser la solucion frecuente de los conflictos cuya prolongacion podria turbar el sosiego y la organizacion del Estado.

Solo en los partidos donde la division se radica meramente en las personas, donde el contacto personal se convierte en la mayor y mas dolorosa de las concesiones que el partidario puede hacer á su enemigo, es donde esa clase de combinaciones salvadoras encuentra resistencias inauditas, y subleva hasta la indignacion de las conciencias, sinceramente extraviadas.

Alejemos esas exajeraciones funestas que tienden á separarnos en castas irreconciliables como las del viejo Oriente.

Creemos que blancos y colorados pueden estar en el mismo seno del Gobierno, sin despedazarse como en los entreveros de la guerra civil, y sin lanzarse al rostro los odiosos proyectiles del pasado.

Hagamos esa tentativa, y habremos probado entonces que blancos y colorados pueden encontrarse tambien, como hijos de una misma tierra y prosélitos de una misma religion política, viviendo en el seno amado de la patria, con el goce proporcional de sus caricias.

No hay enseñanza tan elocuente y persuasiva como la enseñanza del ejemplo.

Blancos y colorados, coexistiendo en el Gobierno Provisorio, darian la señal de una situación diversa á la que venimos presenciando desde mucho tiempo atrás, porque veriamos entonces á blancos y colorados coexistiendo en la prensa diaria, en los Clubs, en los comicios, en las corporaciones municipales, y en las grandes asambleas del Estado.

Las impulsiones de lo alto valen mucho; ellas deciden de la marcha y de la velocidad que en esa marcha han de llevar las muchedumbres.

Hagamos la transaccion en el Gobierno, y tendremos la fraternidad en el pueblo!

III.

Diversos proyectos se han presentado hasta ahora para llegar al resultado de esa solución patriótica.

Esta misma diversidad prueba que la idea es buena y que puede llevarse á cabo por distintos medios, siempre que haya un movimiento de abnegacion en los partidos.

Antes que colorados y blancos, orientales; antes que el partido, la patria; antes que la dominacion personal, el reinado impersonal de la justicia.

Elevemos el espíritu á esa sublimidad moral, y la eleccion de medios será fácilmente resuelta con la guía imparcial del buen sentido.

Se han presentado varias soluciones aceptables; tambien *La Bandera Radical* ha presentado la suya; pero declaramos que ninguna concilia los derechos y los intereses de todos, como la que espusimos en nuestro número anterior, tomada de la hoja impresa que redacta el señor don Agustín de Vedia.

Es digna de meditarse por todos los hombres que no vean en el estérmino la única solución posible de la contienda actual.

Dice así el proyecto á que nos referimos.

« 1º El ejército de Montevideo y los ciudadanos del partido colorado nombrarán del modo que ellos acuerden, ocho ciudadanos que tengan las cualidades necesarias para ser presidente de la República. El ejército y los ciudadanos de la revolución nombrarán una lista igual.

2º De cada lista el partido contrario elijirá dos, es decir, los colorados, elijirán de la lista de la revolución, y vice-versa.

3º Reunidos los cuatro, elijirán dentro del término de 24 horas un quinto, con las mismas cualidades, aunque no sea de las listas presentadas, pero si el plazo señalado no se pusiesen de acuerdo en la eleccion, se sacará á la suerte de los doce que han quedado de ambas listas.

4º Reunidos los cinco electos, nombrarán ellos uno que será el presidente provisorio y los otros cuatro sus ministros.»

En esta combinacion está consultado, en cuanto cabe el principio democrático y depurado su ejercicio de la perniciosa influencia que la guerra civil pudiese darle.

Los partidos formarian su lista, con los mejores elementos de su seno, y de ellas, cada cual elijiria los que menos resistencias le subleven, de manera que la honorabilidad y la armonia de los miembros del Gobierno, podrian considerarse garantidas.

El principio de la igualdad estaria observado estrictamente y daria sus consecuencias benéficas.

Para el caso en que los cuatro miembros electos no se pusiesen de acuerdo en la eleccion del quinto, podria mejorarse la solucion trascripta, siguiendo el mismo sistema observado anteriormente.

En vez de resolver la suerte entre los doce candidatos que han quedado, los dos colorados eligirian un candidato de los blancos; los dos blancos eligirian un candidato de los colorados; y la suerte solo resolveria entre los dos nuevamente designados.

Esto es lo que Rossi ha llamado *dar ojos á la suerte*, para que en su eleccion irreflexiva, escoja siempre el menor mal.

Así constituido el Gobierno Provisorio—¿qué objeciones le podrian oponer los colorados, ó le podrian oponer los blancos?

Para garantir mejor el cumplimiento de la mision de ese gobierno, como autoridad tutelar de la libertad de sufragio, se estableceria tambien que no entraba en sus facultades, ni poner restricciones á la prensa, ni impedir reuniones públicas, ni desterrar, ni aprehender arbitrariamente á nadie, ni proclamar candidaturas oficiales; y además se fijarian ciertos limites para evitar que la corrupcion electoral, tuviera algun medio de hacerse sentir en el Estado.

Esta es la igualdad—la libertad—¿qué mas quieren los partidos para satisfacer sus aspiraciones legítimas?

Dada la libertad y la igualdad, no tardaria la opinion pública en hacer el resto de la obra, y el pais entraria en un camino nuevo de fraternidad y de progreso.

IV.

Demos un paso mas adelante en el asunto.

La organizacion del gobierno provisorio, no seria una solucion fundamental; seria una solucion de circunstancias para dirimir el sangriento conflicto en que se debate la República.

Seria simplemente el desarme de los colorados y los blancos, para

que se confundan en la gran colectividad del pueblo, y como tal, recuperen la plenitud de sus destinos en el ejercicio tranquilo de su propia soberanía.

Esto es lo que no ha alcanzado por completo el autor del proyecto á que prestamos hoy nuestra adhesión.

Si un Gobierno Provisorio convoca al pueblo para los comicios públicos, no puede ni debe determinar que esos comicios tengan por objeto la elección de un *gobierno permanente*.

Tal facultad, solo la tendría un poder, directamente emanado de la soberanía del pueblo, ó establecido con arreglo á las formas en que el pueblo delegó la soberanía.

Un Gobierno Provisorio, elegido por la transacción de dos partidos armados, no podría ser el representante de la soberanía del pueblo; un gobierno que fuyese de la ausencia de toda legalidad política, no podría imponer tampoco el respeto de las formas constitucionales que le faltan.

No es el primer advenedizo que ocupa el Poder Público por los azares de nuestra vida revolucionaria, el que puede decir al pueblo: Aquí estoy yo; elegid bajo mi patrocinio los poderes permanentes que deben regir vuestra existencia.

Eso importaría basar el orden constitucional en la simple consagración de toda fuerza, destruyendo por su base el sistema de la organización democrática.

Cuando desaparecen los poderes en que el pueblo delegó la soberanía, esta retrovierte á su fuente originaria, y en ella es preciso ir á buscar el bautismo de la constitucionalidad futura.

Cuando un poder de hecho se levanta en un país, y no quiere perpetuarse ó transmitir su mismo vicio á los poderes subsiguientes, todo lo que puede hacer dentro de la esfera del derecho que le dá la fuerza, es decir al pueblo—que va á entregar á su voluntad los destinos del país, y que lo invita á nombrar los representantes, cuyo fallo debe interpretar su voluntad soberana.

Esta es la misión del Gobierno Provisorio que se formase por acuerdo mútuo de los partidos en lucha; nada más y nada menos, porque la tarea es muy grande, si ha cumplirse con lealtad y buena fé.

Descendiendo ahora, de las consideraciones abstractas, á las conveniencias reales del país, vemos también que la inmediata repartición de las posiciones oficiales, y no otra cosa es la inmediata formación de un *gobierno permanente*, importaría el desconocimiento de lo que nos han enseñado veinte años de convulsiones y desgracias.

Ese fué el error de 1851 y el error de 1853.

Ya que no olvidamos nada, aprendamos algo; aprendamos que no se levantan las ideas y las pasiones de los hombres, encerrándolas siempre en la mezquindad de unos mismos horizontes.

Entre el drama de la guerra civil, y la organización definitiva de los Poderes Públicos, es necesario abrir una era que mitigue los resabios del pasado y nos dé aptitudes para la vida normal del porvenir.

« Entre una convención que ejerce el poder del pueblo y un cuerpo legislativo ordinario, dice un sabio constitucionalista norteamericano, hay la diferencia de que la primera entra a obrar por encargo cometido con la convicción de que va a ocuparse de principios fundamentales. Las cuestiones sobre lo que es bueno y que vaya de dictarse como regla, *no temporalmente, sino por todo el tiempo venidero, se hallan menos embarazadas por las opiniones pasajeras del día; y las ordenanzas que se forman tienen algo del carácter absoluto de las verdades abstractas.* »

Esa diferencia señalada por Federico Grimke, es la debemos utilizar nosotros para poner vallas al espíritu de partido, para levantar la influencia de los principios generales, para buscar una armonía moral entre los elementos de lucha que por todas partes se destacan.

No nos asustemos con el fantasma de los interinatos.

No hay inseguridad ni incertidumbre en ellos, cuando la soberanía del pueblo los consagra y les da fuerza.

Nada importa prolongar el trabajo de los eimientos, si la obra ha de tener después más consistencia y duración; si ya no necesitaremos volver jamás hasta la remoción de las bases en que descansaba el edificio.

Harto caro ha pagado el país la precipitación en formar un orden constitucional, que los principios desmentían, y que la voluntad del pueblo condenaba!

Hagamos la paz y apelemos a la soberanía radical de la nación.

Guerra a la guerra! es nuestra divisa; pero nuestra programa se encierra en estas palabras que desearíamos ver repetidas por todos los labios donde no vibra perpetuamente la horrible blasfemia de los odios:

Gobierno Misto y Convención Nacional.

Carlos María Ramírez.

Cuestiones de Salubridad.

Publicamos a continuación, un magistral artículo debido a la pluma del general Mitre, acerca de las causas que convierten a la ciudad de Buenos Aires, la Atenas del Plata, como se la ha llamado tantas veces, en un inmenso foco de infección y de muerte.

« La violacion de las leyes del aseo, tiene pena de muerte en el código de la Higiene Pública, » dice el general Mitre con razon, y ha sido necesario que la ciudad vecina sintiera todos los efectos terribles de esa pena, para que la opinion pública reaccione en la seria dilucidacion de las cuestiones de salubridad urbana.

Tambien Montevideo pasó por esa crisis; la epidemia de 1857 vino á descubrir el abismo de muerte que se oculta bajo la hacinacion de la inmundicia, y se hicieron entonces muy loables esfuerzos para cegar las fuentes mismas del flajelo.

El amago del cólera en 1867 y en 1868, nos hizo tambien una advertencia elocuentísima, y la fiebre que por dos años consecutivos azota á la ciudad de Buenos Aires, viene á completar esa cadena de estímulos que nos ha conducido á levantar como uno de los mas importantes ramos de la administracion municipal, el cuidado severo de la higiene pública.

Sin embargo, no puede ocultarse á nadie que aun nos queda mucho por hacer y que debemos cortar á tiempo las causas que mas tarde pueden ser poderosas fuerzas de corrupcion y desaseo.

A este respecto, los estudios, las observaciones, las reformas que se hagan en la ciudad de Buenos Aires, bajo la presion de las calamidades que la acosan, pueden sernos de gran utilidad, ahorrándonos el trabajo de hacer mañana con sacrificio y despues de producido el mal, lo que hoy es posible con un ligero esfuerzo y preservándonos del castigo consiguiente á *la violacion de las leyes del aseo*.

El general Mitre ha descrito brillantemente las causas de insalubridad en Buenos Ayres; y reflexionando un poco, vemos que la mayor parte de sus observaciones nos convienen.

Todo lo referente á *basuras, letrinas, terraplenes, cementerios, hospitales, saladeros*, etc. etc., es aplicable á la ciudad de Montevideo, en menor escala por ahora, pero en escala ascendente con arreglo al aumento de poblacion y al progreso de edificacion.

Esta es una cuestion muy grave, que debe preocupar á todos seriamente.

Si estos paises, tan desacreditados por sus convulsiones continuas, agregan al azote de la guerra civil permanente, el azote de las epidemias endémicas, la inmigracion desertará de sus playas y todo el porvenir se habrá perdido.

Julio Duval, el gran historiador de la emigracion en el Siglo XIX, atribuye á la fiebre amarilla de 1857, mas que á los sucesos políticos, la retraccion que tuvo entonces el movimiento de emigracion hácia el Plata.

Además, recordemos que nuestras feroces luchas apenas van dejando las ciudades litorales como únicos asilos de la civilización oriental, y que si aquí también, tanto como en la campaña, aunque por agentes diversos, lo que espera a los hombres es la muerte y su cortejo de miseria, entonces la despoblación de la República acabará de completar su obra funesta.

Siquiera los hombres que envenenan la atmósfera de la vida social, sirvan para purificar la atmósfera de la vida orgánica, y trabajen por la salud del pueblo, mientras otros luchan por su salvación moral.

Léase con atención el artículo del general Mitre:

Cárlos María Ramírez.

LA MORTALIDAD Y SUS CAUSAS.

Nos cabe hoy el deber de llenar una triste misión: la de descubrir las llagas que sufre nuestro cuerpo.

Esas llagas nos desacreditan y nos deshonran; pero si no se descubren nos matarán.

Descubrámolas pues a los ojos de todos, porque el horror y la vergüenza del espectáculo hagan comprender la necesidad y urgencia del remedio.

Ha llegado un momento en que no puede haber otra cuestión del día que la salubridad de Buenos Aires.

El mejor gobierno, las mejores cámaras, los mejores partidos serán los que los realicen.

Los gobernantes, las asambleas, los políticos que nos hablen de ferro-carriles, de exposiciones, de educación no sirven para nada, si no son capaces de curar el cáncer que nos devora.

La salubricación de Buenos Aires debe ser el pensamiento de sus mandatarios, el programa de sus partidos, el tema de los proyectos de sus cámaras, la condición impuesta a los electos, la labor constante de las municipalidades y la preocupación primera de todos y cada uno de sus habitantes.

Estamos rodeados por una conspiración invisible, que estrecha su sitio todos los días y que combatiendo los elementos de salud y de vida que prevalecían en estas regiones, amenazan extinguirlos y fundar en ellas un valle envenenado de Java habitado por la muerte y donde la presa que huye y el tigre que se arroja sobre ella sucumben al mismo tiempo tocados por el aliento de la tierra.

Démonos cuenta ahora de nuestra situación.

En Francia muere un habitante al año sobre 45.

En Inglaterra uno sobre 46.

En Prusia uno sobre 38.

En Austria, considerado el país más insalubre de Europa, mueren como en Roma y Constantinopla uno sobre 33.

Entendemos que la mortalidad de Prusia y Austria, es hoy menor que la designada. Y nótese que estos cálculos comprenden las muertes causadas por las epidemias.

¿Cuál es entretanto el término medio de mortalidad entre nosotros?

No nos atrevemos á revelar la cifra espantosa que resultaría si, sumando todas las defunciones de los últimos cuatro años, comprendidas las epidemias, buscásemos un término medio de mortalidad.

Debemos pues, reducirnos á calcular como si tales epidemias no hubieran ocurrido y entonces, siendo la mortalidad de los tiempos normales de 19 á 26 tomando el término medio de 22, resultan 8030 defunciones en el año.

La relacion de esta suma con el número de doscientos mil habitantes, dá una proporcion de uno á 24 !

Quiere decir que en Buenos Aires, muere un habitante por cada 24, ó sea así una mitad más que en Constantinopla y en Roma y el doble que en Francia y en Inglaterra.

Escusamos hacer comentarios sobre este resultado terrible de las cifras que tan fúnebre desmentido dan al nombre, en otro tiempo cierto, de nuestra ciudad.

Comparemos lo que hoy sucede con lo que tenía lugar algún tiempo atrás.

Hace como once ó doce años que la prensa de Buenos Aires estableció constancia de un hecho que nadie pudo mirar con indiferencia.

Los encargados de las secciones noticiosas habían ido á los cementerios en busca de las defunciones del día.

No pudieron obtener esos datos, porque no existían !

Aquel día no había muerto nadie en la populosa ciudad de Buenos Aires !

El término medio de la mortalidad sería entonces de seis á ocho defunciones diarias.

Cinco ó seis años más tarde, recordamos que fué el señor Cantilo quien hizo notar en *El Siglo* un día en que solo tuvieron lugar dos ó tres defunciones en Buenos Aires. Durante el tiempo que precedió y el siguiente, las defunciones eran de ocho ó diez.

Desearíamos que se nos rectificase si es equivocado nuestro recuerdo.

¿Qué es entonces lo que hoy está matando un hombre sobre 24, sin tomar en cuenta los que mueren de epidemia y limitándonos á la cifra de la mortalidad ordinaria?

No hay que vacilar en decirlo: lo que nos mata es la inmundicia, es el desaseo.

La violacion de las leyes del aseo tiene pena de muerte en el código de la higiene pública. Estamos pagando la pena de esa violacion.

Y es singular el contraste original y doloroso que tiene lugar en Buenos Aires.

Donde está la accion individual está el aseo en todo su escrupuloso esmero; mientras que, donde está la accion pública ó del Estado, está la mas repugnante manifestacion de la barbarie.

No se crea que queremos culpar á nadie con estas palabras ni menos á las autoridades actuales que han manifestado un verdadero interes en la cuestion que nos ocupa.

Es que una necesidad fatal lo ha querido así.

Nuestros gobiernos bárbaros no han hecho sino robar y matar.

Nuestros gobiernos liberales apenas han tenido tiempo de llevar á cabo la regeneracion política argentina.

Las guerras continuas han hecho que solo conozcamos al Gobierno bajo su faz militar y política. Su faz municipal no ha sido propiamente conocida.

Llévese á un extranjero con los ojos vendados, no digamos á los lujosos salones de nuestro mundo elegante pero aun á la morada de una familia modesta. Todo lo encontrará allí brillante de aseo y de buen gusto. Los muebles, como las personas, las ropas como los adornos, los patios, como los jardines, todo mostrará el orden, el cuidado, la limpieza y la salud.

Desde el brillante llamador de bronce hasta la flor que la belleza juvenil cultiva con sus propias manos, todo podrá mirarse y escudriñarse sin rubor del dueño.

Pero salgamos á la calle, en donde empieza la accion de la autoridad. Si llueve las calles están llenas de fango para tres ó cuatro dias.

Si sale el sol, la evaporacion de aquella humedad nauseabunda se aspira con temor y repugnancia.

Al lado de los pisos de mármol, cerca de las ventanas por donde se escapan las armonias del piano, hay una cosa asquerosa, que no se sabe lo que es, pero que fermenta con el calor y vuelve pestilante la atmósfera.

Son los cajones de la basura, que forman en primera línea delante de las puertas de la calle, con asombro y asco de propios y extraños.

La autoridad no ha hecho ni siquiera un grande albañal para que salgan esas basuras y ellas están esperando que vengan á buscarlas entre 10 de la mañana y dos de la tarde los *basureros* que las pasean por toda la ciudad.

Teniamos un rio interior, con buena agua, que podia ser un gran puerto de cabotage. Pero los saladeristas lo necesitaban. Tambien una vez por haber saladeros afuera se robaron muchos cueros, en tiempo del sitio. Así, el Riachuelo se regaló á los saladeristas para que lo envenenasen. Envenenado el Riachuelo, sus aguas se ensayan en matar los pescados del Rio de la Plata mientras sus miasmas, incorporados á la atmósfera propagan la fiebre amarilla.

Teniamos una corriente subterránea que daba muy regular agua.

Tambien la hemos envenenado.

La elaboracion de lo inmundo, durante siglos, ha sido arrojado dentro de la tierra, justamente á la profundidad del agua. Durante siglos se han abierto y llenado así las letrinas y resumideros.

Cuando unos se obstruian, se cavan otros ya para servirse de ellos directamente, ya para que fuesen el receptáculo de lo que sobraba á los demás.

Teniamos un rio magnífico, verdadera bendicion de Dios, con aguas de virtudes medicinales, y lo hemos contaminado frente á la ciudad con la corriente envenenada del Riachuelo que la derrama en él precisamente en el sentido que mas le daña.

Si una mano poderosa levantase el piso de nuestras casas, sus habitantes caerian muertos como por el rayo.

La corriente subterránea está envenenada tambien, porque ha absorbido la infiltracion de las letrinas y resumideros. El algibe es el único depósito que se defiende por el estuco que lo cubre y sobre todo, por su poca profundidad.

Antiguamente, el cavar pozos era una industria sin peligro.

Hoy el *pocero* va á su trabajo como pudiera ir al campo de batalla.

Va á desafiar á la muerte, que mas de una vez le ha sorprendido en su tarea.

Otra ciudad subterránea y asquerosa vive y muere á nuestros piés.

Minada de enormes ratones, que cruzan la ciudad en todos sentidos, entran y salen por los albañales, reducidos á una casi domesticidad.

Su número ha acobardado á los perezosos gatos, que ya no los ofenden, y así crecen, se multiplican con profusion horrible y mueren aumentando con sus restos infectos el capital de lo inmundo.

Nuestras calles eran antes pantanos.

¿Con que ha sido levantado su nivel?

¡Con basuras!

Con basuras se han rellenado las barrancas del paseo de Julio, con basuras se han rellenado todos los puntos bajos del oeste y del sud, basuras hay hasta debajo del adoquinado de la calle de Rivadavia.

Nuestros empedrados son la losa de un sepulcro.

Debajo de ella está la corrupcion, y la muerte se escapa de sus grietas, para visitar la ciudad con su aliento letal, cada vez que la humedad afloja la tierra y cada vez que entreabren su seno los ardores del sol.

Nuestras infiltraciones de agua estan envenenadas; nuestro bajo suelo son las basuras y las letrinas, nuestra atmósfera es una infiltracion invisible de todas esas corrupciones.

Nuestros cementerios estan de á pares, en los barrios poblados. El cementerio del Norte es el paso preciso de los que salen á paseo fuera de la ciudad y está entre las casas y quintas de su costado derecho.

Los vivos y los muertos cohabitan allí en una promissitud aterrante y tomando filosóficamente el hecho, han hecho del cementerio *un paseo* puesto que enfrente se habia colocado la estacion de un tramways!

Y como si este no bastara, el cementerio tiene sus prácticas especiales.

Los cadáveres, puestos dentro de un cajon de plomo y otro de madera, se colocan generalmente en nichos practicados al aire, en el interior del mausoleo, que solo está cerrado por una reja de fierro.

Cuando viene la fermentacion pútrida, los gases que despiden al cadáver, no encontrando salida, suelen hacer esplosion, abriendo las junturas del plomo.

Entonces quedan en libre comunicacion con el aire.

Al lado de la iglesia del Socorro, hay otro cementerio.

Es preciso poner el fuego en todas partes!

Como si los cadáveres humanos no bastasen, tenemos encima los restos de los animales que se matan para el consumo.

La sangre y las entrañas de todo lo que se come en Buenos Aires, se pudre sobre la tierra.

Si los muertos no nos inspiran horror y los tenemos tan cerca, menos zozobra deben causarnos los enfermos.

El hospital de hombres está en el centro de la parroquia de San Telmo, agregándose este combustible mas en un punto siempre perseguido por los flagelos.

El hospital de mugeres todos saben que está en el corazon de la ciudad, en la calle de la Esmeralda, entre Piedad y Cangallo.

A esta multitud de focos miasmáticos se une hoy por desgracia

la aglomeracion en locales estrechos de centenares de personas, principalmente inmigrantes, que viven en el mas repugnante desaseo.

Un solo hecho vamos á citar para que se toque la influencia de la inmundicia sobre el desarrollo de las pestes.

Es sabido que la fiebre amarilla, estableciendo su cuartel general en la parroquia de San Telmo, ha dado verdadero asalto á otros puntos de la ciudad.

Todos ellos han tenido lugar uniformemente.

La fiebre ha buscado el punto de la mayor aglomeracion y desaseo y lo ha atacado sin piedad. Inmediatamente que se han hecho cesar las causas de la propagacion, la peste ha desaparecido encerrándose de nuevo en su guardia primera.

Sabido es que un nuevo foco de peste se habia anunciado en la calle de Paraguay, entre Artes y Cerrito.

Averiguando el hecho, resultó que el local atacado, teniendo apenas capacidad para cincuenta personas, alojaba *trescientos veinte*.

Pero habia algo peor, si es que algo peor puede darse.

Con un objeto que no es fácil adivinar, el locador ó dueño de una no consentia en que se sacasen las basuras que se hacian diariamente en ella, que no serian pocas ni de buena calidad. Ibalas amontonando en el fondo de la casa donde hacia diez meses, se estacionaban, por manera que, cuando se sacaron, fué necesario ocupar diez grandes carros de los que hacen el servicio municipal.

Allí dió su asalto la fiebre amarilla, atraida sin duda por los inmunos efluvios de aquella atmósfera, y la primera víctima que hizo fué el mismo dueño ó arrendatario de la casa.

En seguida fué atacada su mujer y murió.

Casi simultáneamente se contagiaron los hijos y tambien murieron.

Entonces fué que acudió la autoridad. Los habitantes de la casa, aterrados, la desampararon, una parte espontáneamente, otra parte inducidos á ello.

Limpia y despejada la casa, desapareció la fiebre amarilla de aquel barrio, sin que haya noticia de que volviese á aparecer por ninguna casa de las inmediaciones.

Tales son las deplorables condiciones higiénicas en que nos encontramos, tal es el desaseo, la falta de policia y los focos de corrupcion que nos envuelven y que causan el alarmante incremento de mortalidad que hemos notado y que nos coloca hoy entre las ciudades mas insalubres del mundo, habiendo sido la mas sana.

Demasiado buenos son nuestros *aires* cuando no tenemos la epidemia permanente.

Sin nuestra rica vegetacion, sin nuestra pampa abierta, sin los vientos que purifican la atmósfera, no sería posible vivir, como nosotros entre el Riachuelo, las corrientes subterráneas envenenadas; el aire corrompido, los cementerios, hospitales, los mataderos, el fungo, las basuras abajo y arriba de la tierra y las acumulaciones humanas en que viven trescientos hombres en el espacio insuficiente para diez y cuando las emanaciones de cada uno de esos cuerpos era bastante para infestar una casa entera.

El Riachuelo no es pues sino una llaga que se descubre en un enfermo cuyo cuerpo está cubierto de podredumbre interna.

Si las fuerzas morales y materiales de la sociedad, si la opinion con su exigencia y la autoridad con sus recursos, no concurren á salvarlos, estamos perdidos.

Por el contrario, si nos ponemos á la obra con energía, con perseverancia, con pasion absorbente y esclusiva, no levantando la frente hasta terminarla, habremos salvado la crisis en uno ó dos años, y Buenos Aires, digno de su nombre antiguo, salvando el bienestar y la vida de sus ciudadanos, podrá ser como antes, para sus huéspedes, el suelo de la libertad, de la salud y de la fortuna.

Hoy hasta los huéspedes que venian á buscar un hogar en nuestro clima salubre y hospitalario, nos vuelven la espalda:—«El Italo Platense» ha llevado mas de 400 inmigrantes de rēgreso, que huyen de estas playas habitadas por la muerte.

El mejor Ministro de Hacienda, ha dicho un economista, es el que pueda presentar una cifra mayor de inmigracion.

El mejor gobernante, diremos ahora, será el que cortando la corriente de la inmigracion *que no vuelve*, haga bajar las tablas de la mortalidad de Buenos Aires, atacando vigorosamente las causas manifestadas que la produccion.

(*La Nacion.*)

Reformas judiciales.

JUECES AMOVIBLES Y DEFENSA LIBRE.

Algunos de nuestros cólegas, se han ocupado en estos dias de descubrir ciertos abusos que se cometen en el foro de la República, pidiendo á la autoridad competente que les ponga un oportuno remedio.

Ya con anterioridad, la prensa ha denunciado vicios que entorpecen la marcha de la administracion de justicia, y por todas partes se oyen los clamores que produce siempre un sistema defectuoso de organizacion social.

No es del todo malo que empiezen á sentirse esos efectos, porque

antes de ponerse en cura, es necesario conocerse enfermo; y dado nuestro carácter indolente, necesitamos que la enfermedad tome síntomas de aguda, para que le hagamos caso y tratemos radicalmente de estirparla.

Es lo que ha sucedido en Buenos Aires; los abusos y los vicios llegaron á tal extremo que las quejas individuales se convirtieron en un inmenso clamor público, y la opinion entonces pudo remontarse hasta las mismas causas del mal, para estirparlo de raiz, en vez de aplicarle paliativos que no hacen sino modificar su forma.

Las reformas judiciales han de seguir el mismo curso entre nosotros; la censura de los casos ocurrentes y el ataque á determinadas personas, nos mostrará un fenómeno constante é invariable, cuya ley iremos á buscar en algo superior á los defectos accidentales de los hombres ó á las circunstancias particulares de una época.

Hoy, en la acefalia legal de los Poderes, la discusión no es oportuna, á no ser que se la considera como una preparacion de materiales para cuando llegue el caso de la transformacion fundamental.

En este sentido, no podemos menos de avanzar muy á la ligera algunas ideas capitales, que nos servirán de norma en este asunto.

La judicatura y el foro—hé ahí los puntos que deben servir de objetivo á la reforma.

En cuanto á la judicatura, reconocemos desde luego que el *Código de procedimientos* ha de influir saludablemente, en el sentido de abreviar los trámites y de facilitar la solucion de las cuestiones.

Si los codificadores no tienen en vista ese propósito, puede asegurarse desde ya que su obra no está á la altura de las necesidades del pais ni de las ideas modernas.

Pero aun suponiendo que el *Código de procedimientos*, responda, á su mision, aun quedará por resolver la dificultad prominente en el problema de la judicatura.

Jueces elejidos sin determinacion de tiempo, no amenazados de perder su empleo, sino por una flagrante violacion de sus deberes, y destituidos por consiguiente de la responsabilidad y el estimulo que despiertan en todo funcionario, el fallo de las renovaciones periódicas, deben necesariamente guardar una tendencia á la rutina, á la dejadez y á la relajacion.

No nos referimos á nadie en el momento; hablamos de la institucion en general.

La inamovilidad de los jueces, es el principio monárquico aplicado á la organizacion judicial.

Coloca al mandatario fuera del contacto y de la fiscalización del mandante.

El juez inamovible es como el monarca irresponsable; está en una region serena, donde no lo turba, es cierto, el ruido de los intereses del momento, pero donde tampoco le alcanza la saludable influencia del progreso; en una region serena, donde no lo atacan las iras populares, pero donde no la guía tampoco la fiscalización de la comunidad social.

El Juez necesita independencia en el ejercicio de sus funciones, pero también la necesita el miembro de cualquiera de los otros poderes del Estado; la inamovilidad no es mas inherente á la independencia del juez, que á la independencia del Presidente mismo.

Si apreciamos las ventajas del sistema republicano, debemos reconocer que la inamovilidad tiene un efecto pernicioso, y es causa de trastornos y de vicios en la administración judicial.

La renovación periódica de los jueces, sin impedimento para su reelección, y en un plazo prudencialmente largo, es la gran reforma que puede asegurarnos el esplendor de la judicatura, no por el mérito accidental de las personas, sino por la influencia permanente de las instituciones.

¿Un juez que, cada cuatro ó seis años, por ejemplo, está sometido á remoción, no tendrá por su propio interés la mayor solicitud en el cumplimiento de sus deberes legales?

¿No tendrá necesariamente, mayor solicitud, que el juez confiado en la seguridad de su puesto, á menos que se le descubra y se le pruebe una prevaricación gravísima?

Ponerlo en duda, es poner en duda la excelencia del espíritu de las instituciones democráticas.

Esto es tanto mas razonable, cuanto que en la elección de los jueces, no se cruzarian, como en otras, las sugestiones del interés político, y las asambleas darian siempre su lugar al mérito y á la inteligencia, renovando ó conservando el personal de la justicia, segun lo aconsejase la prueba decisiva y fundamental de la experiencia.

Fuera de esta reforma, todas las leyes y todos los reglamentos que se dicten están espuestos á quedar como letra muerta, por la fuerza de inercia que le oponga una magistratura sin responsabilidad y sin fiscalización efectivas.

Eso en cuanto á la judicatura; en cuanto al foro, aplicando los mismos principios, llegaremos al mismo resultado.

Justicia pronta y barata—es la que conviene á los intereses del pue-

blo; la justicia puede ser lenta y cara, á causa del que la administra ó del que la defiende; pero respecto del que la defiende, todo que la sociedad puede hacer, es no poner nada de su parte para que el abogado la demore ó la encarezca.

La defensa es un servicio, como cualquier otro de los que se solicitan y se pagan; por lo tanto, debe estar sometido á la ley natural de la oferta y la demanda; la ley positiva debe limitarse á quitar los obstáculos que perturben al cumplimiento de la ley natural.

¿Porque no se oyen quejas públicas, contra los comerciantes, contra los hacendados, contra los trabajadores?

Porque el comercio es libre; porque la agricultura es libre, porque el trabajo es libre.

La libertad asegura la legitimidad del precio; hace imposible toda explotación inicua y sirve de correctivo á los abusos que el interés individual sujiere.

¿Porque se oyen á menudo grandes quejas contra los abogados, contra el foro?

Porque la defensa no es libre, porque la defensa está sometida á privilegio, porque la defensa está sometida á monopolio.

El privilegio trae siempre los abusos; el monopolio engendra la explotación inicua.

Si todos tuviesen el derecho de elegir un defensor y todos el derecho de defender, nadie hablaría contra el abogado que hace un escrito de demanda, mas de lo que se habla contra el sastre que hace una levita de paseo; porque entonces la ley no habria impuesto que se confiase la defensa á un gremio determinado de personas, como no impone que se haga la ropa en tales ó cuales sastrerías exclusivas.

No se encuentre exageración disparatada en el ejemplo; si el pueblo es un eterno niño á quien se necesita enseñar el órgano competente para defender sus intereses privados, fácil es estender el dominio de la tutela paterna, porque al niño se le señala tambien la tienda donde deberá vestir su cuerpo.

La abogacia, tal como está hoy constituida, es un rezago de las corporaciones de otra era, y participa de los mismos vicios, de los mismos inconvenientes, que hicieron desaparecer aquellas, por la audaz iniciativa de Turgot.

La abogacia, con el espíritu de cuerpo, la rutina y el misterio que caracterizan á toda asociación privilegiada, será una eterna traba para la buena administración de la justicia, como las corporaciones á que nos referimos antes, fueron un perpétuo obstáculo al progreso de la industria y á la baratura del producto.

La abogacia, es un ataque á la libertad del trabajo y á la libertad de enseñanza; un ataque injustificado que no responde á ninguna conveniencia práctica.

Sin necesidad de títulos académicos, el pueblo sabe cual es el buen tenedor de libros, cual es el buen corredor, cual es el buen arquitecto, como descendiendo en la esfera del trabajo, sabe cual es el fondero que dá buenos manjares, ó el zapatero que hace buenos los botines.

El estudio, el talento y la honradéz, no necesitan patente del Estado; lo que hace el título es amparar la ineptitud y la ignorancia bajo el manto de la proteccion oficial.

Por obra y gracia de esa legislacion absurda, para tener el derecho de defender mas tarde un pleito, un ciudadano como D. José Maria Muñoz acaba de matricularse en la clase de *Procedimientos Judiciales*, mientras algunas entidades muy conocidas de esta tierra, tienen diploma competente para abrir su estudio ó desempeñar un Juzgado.

La condicion y el título, ni siquiera es indispensable para la provision de las majistraturas judiciales.

La ciencia de las leyes civiles, no es una especialidad superior á la ciencia de la administracion ó á la ciencia de la política, ni las funciones judiciales son mas importantes que las funciones ejecutivas ó legislativas.

¿Se exige un diploma al Presidente ó á los Ministros, á los Representantes ó á los Senadores?

Si sobre alguna materia, puede tenerse confianza en el criterio de una asamblea, es cuando el interés de circunstancias se ingiere difícilmente en la cuestion y este es el caso de las elecciones que organizan la administracion de justicia.

Puede asegurarse que el cuerpo legislativo no nombraría juez á un médico, ni á un ingeniero, ni á un soldado; nombraría simplemente al que por sus obras se hubiese mostrado mas apto en la carrera de las leyes y del foro.

Esto es conveniente para los mismos abogados, y asi lo entiende al menos el que consigna estas ideas, con su título académico sobre la mesa en que escribe.

Si las preocupaciones populares se ceban contra la corporacion de los doctores, esto es debido solamente al privilegio, al monopolio, de que los doctores disfrutaban, relajando asi el estímulo y la dignidad de su profesion honrosa.

Milicia togada, decian los romanos; basta y sobra con la milicia armada; seamos simplemente hombres que trabajan en lo que mejor nos

place, bajo nuestra responsabilidad, sin proteccion alguna del Estado y sin espiritu de celo por la conservacion de fueros que no necesita para nada el trabajo inteligente y libre.

Tales son las reformas esenciales en que se ha de buscar tarde ó temprano la buena organizacion de la judicatura y del foro; porque desarrollando el espíritu de nuestras instituciones se llega infaliblemente á ese resultado proficuo.

Lo que nosotros indicamos, y podriamos apoyar con el ejemplo de los pueblos que progresan, se reduce simplemente á democratizar la judicatura y á democratizar el foro.

La judicatura sometida á una eleccion periódica, y el foro á una concurrencia permanente.

¿Qué es el principio de las elecciones renovadas, sino el mismo principio de la libre concurrencia aplicado á la adquisicion de las funciones públicas?

No nos detengamos en la superficie de las cosas, para estirpar males profundos.

Sin jueces amovibles y sin defensa libre, no habrá sino mejoras parciales y pasajeras que muy pequeño alivio darán á la enfermedad social de que empiezan todos á quejarse.

Cárlos María Ramirez.

Partidos orientales y partidos argentinos.

Entendámonos. Nuestra propaganda no pretende que deban suprimirse todos los partidos en los países. Creemos que eso es imposible. Mas. Creemos que eso solo puede conseguirse por un medio único: la tiranía. La tiranía que sofoca los esfuerzos vitales de los pueblos. En Buenos Aires, bajo Rosas, no habia partidos. En el Paraguay, bajo Francia y los dos Lopez, no ha habido nunca partidos. Cuando los hombres pretenden gobernarse á simismos pueden tener diferentes fines, aspiraciones diversas, propósitos distintos; pero cuando la mano férrea de la tiranía oprime la garganta de un pueblo cada ciudadano no tiene mas que un fin, obedecer; un propósito, ocultarse; una aspiracion, verse algún día libre de sus garras. Es en las agitaciones de la libertad que los partidos toman una forma clara y definida.

¿Pero quiere decir esto, que cuando una vez se han formado dos partidos en un país, esos partidos están destinados á vivir siempre, eternamente, con sus mismas banderas, denominaciones y principios? ¿No es esto contrario á las leyes que rijen al desarrollo progresivo de los pueblos? ¿No es esto contrario á todas las leyes de la naturaleza? ¿No

hay una ley natural y universal, que hace que todas las moléculas que contribuyeron á la formacion de un cuerpo, tiendan despues por una fuerza que les es propia, á desagregarse paulatinamente, formando otras nuevas aglomeraciones de naturaleza distinta ?

Se nos dice: el mero hecho de la existencia de un partido prueba que ese partido ha tenido razon de ser. Convenido. Eso prueba que ese partido ha existido. Y nadie lo niega. Eso prueba que han habido causas que lo han hecho existir, tal cual ha existido. Pero eso no prueba que ese partido deba seguir existiendo. O bien que no puedan formarse otros partidos, surgidos de causas diferentes de las que dieron nacimiento al primero. ¿ Que se diria de un médico que dijese á un moribundo : No se aflija mi amigo. Es cierto que vd. está bastante incomodado, que todos los síntomas anuncian que vd. está próximo á despedirse de su médico y del mundo, pero no importa, segun una teoria que yo me he formado, todo lo que ha existido tiene razon de ser, y, por consiguiente, debe seguir existiendo: vd. no se morirá?

Lo que nosotros nos esforzamos en probar no es que los partidos no deban existir, sino que los partidos blanco y colorado deben dejar su puesto á otros partidos que respondan mejor á las aspiraciones y tendencias de la época; lo que deseamos hacer comprender, es que si existieron causas que dieron por resultado la formacion de esos partidos, el trascurso del tiempo ha de tal manera modificado esas causas, que hoy esos partidos, en nuestra sociedad, son un anacronismo. Todo el mundo lo siente. Todo el mundo comprende que mientras cada partido enarbole su vieja bandera de guerra, la paz es imposible. Cada partidario sincero tiene la conviccion que ninguno de los dos partidos tiene en si los elementos de vida y de progreso que puedan llevar á su país á mejores destinos. Solo el ódio, solo el espíritu ciego de partido puede hacernos ver las cosas por otro prisma. Sabemos hasta donde lleva la obcecacion de los partidarios. Harto hemos sufrido durante largos y penosos años de sangrientos recuerdos para que no busquemos la curacion del mal que nos aflige por otros senderos que los que hasta ahora hemos trillado.

Un alto personaje político de la vecina orilla, hombre que bajo todos conceptos, merece el respeto y la consideracion de sus conciudadanos, ha tomado, desde hace tiempo, parte en el debate de los partidos orientales y ha hecho gravitar en la balanza todo el peso de su justamente autorizada palabra. Y sin embargo, nosotros nos atrevemos á afirmarlo, ese hombre desconoce la verdadera índole de los partidos orientales. Ese hombre mira las cuestiones de la República Oriental á través de las cuestiones que, con tanto acierto, ha sabido resolver en la

República Argentina. Juzga de los intereses orientales por los intereses argentinos. Busca la solución de nuestro problema en aquella parte que responde únicamente á la solución del problema Argentino. Absorbido constantemente por las agitaciones de la política interna de su país, no ha podido ni tenido talvez el tiempo necesario para estudiar nuestras cuestiones en todos sus minuciosos detalles. No ha visto quizá que en ambos países, los partidos que los dividen, principiando su marcha de un mismo punto de partida, han sufrido, en una lucha de veinte años, modificaciones inmensas, que les dan en cada país, fisonomías completamente distintas.

En un país las aspiraciones de libertad y de progreso, vagas, indecisas, indefinidas en la mente del pueblo, siendo al principio el patrimonio de unos cuantos hombres favorecidos por la educación y la inteligencia, han ido por un desarrollo feliz de circunstancias, infiltrándose lentamente en el corazón del pueblo; lo que antes era el patrimonio de unos cuantos es hoy del dominio de todos; los hábitos de la libertad se han hecho los hábitos del pueblo; el pueblo que se siente libre y que se ve prosperar quiere aumentar su prosperidad manteniendo su libertad; las instituciones democráticas, allí, no son una quimera, no son pomposos artículos escritos en ligeros papeles que se lleva el viento; son eternos principios gravados en el corazón de cada ciudadano; la violación de la ley es minada por todos como un crimen; la opinión pública es la reina absoluta á quien tienen los gobernantes la obligación de respetar y de acatar; y en esa obra de felicidad y de progreso el hombre á quien nos referimos, ha tomado una parte activa y honrosísima.

Obra que no ha concluido todavía. Obra que no concluirá nunca porque los pueblos en su incesante marcha hacia el progreso no reposan jamás. Siempre habrá en su seno llagas que curar, abusos que combatir, elementos perturbadores que sofocar, obstáculos que vencer, males que estirpar, nuevos peligros que salvar.

Pero la primera etapa en el camino del progreso, ha sido alcanzada. Los últimos resplandores de la guerra de Entre-Ríos, cierran el primer acto de ese grande drama que se llama la vida de un pueblo. El caudillaje, esa lepra americana, ese legado fatal de la independencia, sin poder y sin prestigio, irá á ocultarse, para cavar su tumba, en las vastas soledades de la Pampa, ó en los espesos bosques y en las ásperas montañas de remotas provincias donde el arado de la civilización no ha trazado todavía su surco fecundante.

¡Cuan diferente es el cuadro que en el mismo lapso de tiempo, presenta el otro país!

Como en el otro, con los mismos instintos al principio, las mismas aspiraciones al bien, los mismos deseos de progreso; como en el otro, con un sentimiento vago é indeterminado en la conciencia del pueblo; como en el otro también, con una clase á la que la educacion y la inteligencia abrian el mismo campo de lucha generosa, lucha contra la ignorancia, contra la preocupacion, contra el error, contra el caudillaje, ¿ que cúmulo fatal de circunstancias vino á desviar las fuerzas vitales de esa clase de su direccion natural, á volverlas contra sí misma, á convertirla en instrumento, en pedestal del caudillaje, ella, que solo debia ser el instrumento del progreso, el pedestal de la libertad ?

Un largo reguero de sangre, de crímenes, de inmoralidades, de prevaricaciones, viene marcando la penosa marcha de ese pais en el camino del tiempo.

Aunque nos duela, preciso es confesarlo: el nivel moral ha descendido entre nosotros. La idea democrática no ha alcanzado todavía al corazón del pueblo: las prácticas de la libertad le son desconocidas; siente el mal, se retuerce de dolor, pero no sabe buscar el medio de curarlo; escucha las palabras que concretan los grandes dogmas democráticos sin comprenderlos; solo siente en su pecho un rencor, un odio inextinguible, porque no hemos sabido hacer otra cosa que exacerbarlo con nuestra prédica constante.

Y mientras tanto ¿ que es de aquella clase á la cual el privilegio de la educacion y de la inteligencia marcaba su puesto en la direccion de los negocios públicos ?

Una gran parte, la mayor parte sin fé, sin esperanza en el porvenir, presa de un deletéreo escepticismo, desconfiando de sus propias fuerzas, ó entregada á una indiferencia culpable, no ve mas solucion del problema social que valerse para resolverlo de los elementos que debiera destruir. Llama á la ignorancia para destruir la ignorancia. Llama al caudillaje para vencer al caudillaje. Y ella, la que debiera dirigir, es la dirigida. La que debiera ser la estátua es el pedestal.

¿A quien la culpa si tantos males se han desencadenado sobre nosotros? ¿A quien la culpa si nos hemos dejado arrastrar de pasiones bastardas, indignas de pueblos civilizados? ¿A quien la culpa si las fuerzas que la Providencia nos confiara, no hemos sabido emplearlas sino para destruirnos?

Cada uno de los dos partidos militantes echará la culpa á su contrario. Cada uno hará alarde de abnegacion y de patriotismo y cada uno habrá dado las pruebas mas evidentes de lo contrario.

La culpa es de todos. No queremos entrar á establecer cual de los

dos es mas culpable. Dejemos á la historia el triste privilegio de marcar á cada uno de ellos su puesto en la escala del mal.

Si es cierto el cuadro que ligeramente hemos bosquejado del estado actual de los dos grandes centros sociales del Rio de la Plata, se comprenderá que no hay mas analogia entre los partidos que dividen á uno y otro pais, que la de un origen comun y ciertas afinidades que ese mismo origen ha debido establecer entre ellos. Pero como dos rios que nacieran de una misma fuente, el uno ha ido á refrescar sus aguas en las vasta inmensidad del oceano, el otro ha ido á perderse en un laberinto inextricable de lagunas y pantanos.

E. R.

LOS PALMARES.

NOVELA ORIGINAL DE
CÁRLOS MARIA RAMIREZ,
(Continuacion.)

XVIII.

Mientras Eduardo arreglaba con Leon sus diferencias, Maria Angélica al entrar á su cuarto encontró á doña Salustiana que le dió un beso en la mejilla y le dijo con cariño:

—¿Como te ha ido en el arroyo?—¿como te ha ido, hija? Que cansada y de que mal semblante vienes!

—He caminado muy lijero, respondió Maria Angélica, inclinándose á revolver la ropa que traia, para ocultar mejor el rostro.

—Debes traer los piés muy húmedos; ¿y no te mojaste con la lluvia?

—No . . . no me mojé, balbuceó Maria Angélica siguiendo siempre su tarea.

—Aa! te esconderias sin duda en la glorieta?

—Como siempre lo hago, volvió á contestar la niña, estremeciéndose de los piés á la cabeza.

—¿Estás enferma? exclamó doña Salustiana al verla.

—No es nada, no . . . pero no me ha sentado bien la vuelta por el camino barrioso.

—No de valde estuve inquieta y pensando en ti todo este dia. Siéntate, hija, y mudate de ropa en el momento. Que ventarron tan fuerte el de hoy á medio dia! Que tormenta! Yo estaba con cuidado y hube de mandarte llamar al lavadero, pero me habia quedado completamente sola; tú sabes que yo no puedo caminar mucho; así mismo, quice ha-

cerme la guapa y salia ya á buscarte cuando empezó a caer el aguacero; que sentimiento tuve! no sé porqué, me estaba diciendo el corazon que te iba á hacer mal el tiempo.

—Yo no queria ir; V. se empeñó en que fuera! dijo tristemente María Angélica.

—Ah! no! yo queria que fueras, porque era preciso lavar bien la ropa de Don Eduardo; pero no adivinaba que íbamos á tener hoy tormenta.

—Yo no queria ir! repitió con igual tristeza María Angélica.

—Me parece que tú quieres poco á Don Eduardo. Siempre andas huyendo de donde él está, y no de muy buena gana te has encargado de lavar su ropa.

María Angélica guardó silencio y se dió vuelta finjiendo una ocupacion cualquiera.

—No te vayas, picara, continúa Doña Salustiana con apacible risa; haces mal en no querer á D. Eduardo; al fin, es nuestro patron; yo tendria mas motivo que tú para mirarlo mal, y sin embargo, le tengo mucho cariño, porque me parece bueno, apesar de ser así, caviloso y de mal génio. Tal vez lo que á tí te ofende, es el orgullo que tiene en su modo de andar, como diciendo que no es igual á los demas. Eso no importa, mi hija; es el modo que toman en el pueblo, y á nosotros no nos gusta porque tenemos menos educacion y menos plata. Es preciso que te reconcilies con él; mañana mismo le has de planchar la ropa; pero bien planchada, porque es para lucirle á la novia en Montevideo.

—¿Y cuando se vá él? preguntó timidamente María Angélica.

—No sé cuando se vá; se está demorando mucho; como recibe cartas, quien sabe lo que mandan decir, y quien sabe tambien lo que tiene que hacer aquí en la *Estancia*. ¿Tú estarás deseando que se vaya? Pues mira, voy á decirte en gran secreto, lo que se me ha puesto en la cabeza—D. Eduardo te mira con unos ojos que me hacen desconfiar.. Tú le estás gustando!

Al oír estas palabras María Angélica ocultó el rostro entre sus manos.

—No te asustes, mi hija, no te asustes; eso no quiere decir nada. Los mozos son así, gustan de cualquiera que les parece bonita, pero no ofenden á nadie con eso; y además yo te lo digo de broma; D. Eduardo es un mozo que está para casarse, y por su clase no puede pensar en nosotros.

María Angélica guardó silencio y Doña Salustiana se alejó.

Al rato entró D. Félix diciendo con su aire grave de costumbre:

—El amigo Leon se vá!

—¿Se vá? exclamó Doña Salustiana; que desagradecido!

—No, no se vá peleado replicó D. Félix; el patrón me ha dicho que quiere tenerlo en el último puesto de la costa, y sale mañana para allá.

—Ave María, que ocurrencia! ¿y ese muchacho vá á cuidar el puesto?

—Sí; el patrón me ha dicho que se haga, y no hay mas que obedecerle y cumplir la orden sin demora.

—Pero D. Eduardo no sabrá lo que es de loco y de atolondrado ese muchacho.

—Demasiado que lo sabe; él dice que le ha tomado cariño y que quiere hacerlo un hombre honrado.

—Mira que pieza para ser un hombre honrado!

—Bueno, cállate, mujer, que ahora no mas viene él á despedirse de nosotros.

María Angélica oyó estas palabras y se retiró á su cuarto muy á prisa.

Algunos minutos despues, venia en efecto Leon con aire muy alegre.

—María Angélica, ven á despedirte de Leon, gritó don Félix.

Nadie respondió de adentro; Leon pudo apenas comprimir la risa.

—Talvez se haya acostado; vino media enferma del arroyo; dijo doña Salustiana entonces.

—Como ha de ser! exclamó Leon; denle recuerdos de mi parte.

—Bueno, amigo, serán dados; que le vaya bien y no se pierda!

—He de venir por acá de cuando en cuando... ..adiosito don Félix... ..adiosito doña Salustiana... ..recuerdos otra vez á María Angélica.

Y diciendo estas palabras en tono de contento, Leon salió para los galpones donde tenia la costumbre de dormir.

—Cada vez me esplico menos, como es que D. Eduardo le confia un puesto á este muchacho, dijo doña Salustiana con aire pensativo.

—El sabrá lo que hace! murmuró don Félix.

—Pobre mozo! no entiende de estas cosas y puede ser que así llegue á perder toda la fortuna que le ha dejado el padre.

—El patrón! exclamó don Félix levantando sus turbios ojos hácia el cielo.

—Es cierto, sí, cuanto se le estraña! respondió doña Salustiana con ternura.

Estas palabras bastaron para espresar el pensamiento que los dominaba á entrambos, y la conversacion cesó.

Media hora despues, reinaba profundo silencio en los *Palmares*.

XIX.

A la madrugada del día siguiente, Leon se puso en viaje para su destino, cantando alguna de sus coplas maliciosas; Eduardo que lo supo al levantarse, se llenó de regocijo y cuando encontró á doña Salustiana por el patio, la saludó con esa amabilidad expansiva que la alegría nos comunica siempre:

—Adios, señora,—¿como pasó la noche?

—Un poco mal, contestó doña Salustiana bostezando, casi no hemos dormido un sueño á nuestro gusto.....

—Pero hombre! interrumpióla Eduardo, con su acostumbrada impaciencia; es epidemia entonces, porque yo he sentido toda la noche un malestar y un desvelo.....

Eduardo no mentia; largas horas habian pasado para él en medio de un insomnio febriciente, y en seguida el sueño no pudo servirle de reposo, porque mil imágenes confusas tenian en continua ajitacion su espíritu.

—Ha de ser por la misma razon que Maria Angélica, dijo doña Salustiana con espresion injénua; ella es la que estuvo enferma, por haberse mojado en el arroyo, y como V. tambien llegó empapado del paseo.....

—Es cierto, contestó Eduardo con un imperceptible movimiento de contrariedad,—¿y que ha tenido Maria Angélica?

—Dolores muy fuertes á la cara. Vino ya muy descompuesta y se acostó temprano. Yo la sentí llorar y me levanté á preguntarle que tenia; le hice algunos remedios y se aliviaba un poco; pero al rato le volvian los dolores y se ponía á llorar como una niña ...

—Hay personas asi, que padecen mucho de la cara..... eso es nervioso, dijo Eduardo, fingiendo una indiferencia que su fisonomia traicionaba.

—No señor, Maria Angélica es la primer vez que tiene esos dolores.....

—¿Y se le han quitado ya?

—Si, señor, se le han quitado; ni pañuelo ha querido atarse; dice que está buena; pero yo la encuentro de muy mal semblante..... por eso no le mandé mate con ella esta mañana; como Leon se ha ido, ya le he dicho que ella es....

—Gracias, interrumpió Eduardo; me hace mal tomar mate en la cama; prefiero tomarlo aqui en el patio.

—Bueno, ya se lo van á traer entonces, dijo doña Salustiana y se alejó.

Eduardo llevó una silla á la sombra de los paraísos y se sentó á esperar.

María Angélica, llena de turbacion y con la vista baja, no tardó en alcanzarle el *mate*.

—Oh ! mi adorada ! díjole Eduardo con ternura; ¿ ya no quieres mirarme ?—¿ de un dia para otro te has olvidado de mí ?

María Anjélica inclinó la cabeza, y una lágrima rodó por su mejilla, yendo á caer sobre su delantal de muselina.

—No esperaba que me recibieses así esta mañana, continuó Eduardo en tono de dulcísimo reproche; llegué á fijarme que me querias mucho y veo que no me quieres nada !

—Bien sabe usted lo que lo quiero, respondió María Anjélica, tomando el *mate* y dirigiendo al insinuante seductor una de esas miradas sentimentales y poéticas, que las mujeres mas incultas tienen en sus ojos cuando las inspira la voluptuosidad de una pasión.

Eduardo se sonrió satisfactoriamente, así que dió vuelta María Angélica.

—Ya me ha dicho tu madre, dijo el jóven cuando volvió la niña con el *mate*, que tuviste anoche muy fuertes dolores á la cara.

—No son á la cara, murmuró María Angélica, llevando instintivamente la mano al corazón.

—Ah ! te arrepientes de haberme querido un solo instante; sufres porque has estado conmigo !

—Yo no puedo remediarlo, pero he pasado una noche horrible; no he dejado de llorar un solo instante; estuve por contarle á mamá todo lo que me habia pasado.....

Eduardo hizo sobre la silla un movimiento brusco y exclamó:

—¿ Contarle, eh ? Me parece muy bien, muy bien. Si fuera con otro á quien quisieras, no se te ocurriria semejante cosa, porque tu madre.....¿ qué tiene que ver en este asunto ? Pero conmigo.....

—No es eso, no; yo tenia miedo....

Y María Angélica se detuvo bajando la cabeza con vergüenza.

—¿ Miedo de qué ? preguntó Eduardo, modificando la espresion de su palabra.

—Miedo de Leon, murmuró confusa María Angélica.

—¿ De Leon ?

—; De Leon !

—Ah ! ya lo comprendo sí; ayer á la tarde.....

—¿ Y como lo sabe usted ?

—Los vi desde la ventana de mi cuarto, y comprendí lo que sucedia.

—Si viera que cosas me venia diciendo ! El lo sabe todo; yo no se como, pero lo sabe tanto como nosotros mismos.

—Nada temas, mi adorada; ya te explicaré como creyó saberlo todo, y como no sabe nada, sino que te quiero, que te quiero mucho, y esto mismo no ha de contarle á nadie. Hoy mismo se ha ido de la estancia. Lleva el mate, y cuando vuelvas, voy á explicarte todo eso.

En efecto Eduardo, espuso estensamente á Maria Angélica, todo lo que habia sucedido con el maligno espia de sus aventuras, suprimiendo en el relato lo que hubiera podido ofender la delicadeza de la niña y agregando muchas cosas calculadas para alhagar su amor propio.

Maria Angélica se tranquilizó á ese respecto, y tuvo asi ocasion de franquearse por vez primera con Eduardo.

No se dieron cita los amantes, pero cuadró la casualidad de que se encontraron á solas ese dia, y esta casualidad se repitió á menudo, porque el finísimo instinto del amor, los acercaba siempre que podian encubrir su dicha bajo el ala propicia de la soledad y del misterio.

La quinta, el arroyo, y la misma habitacion de Maria Angélica, presenciaron alternativamente las voluptuosas efusiones del delito.

XX.

Maria Angélica se sentia feliz; cada dia, se entregaba con mas fuego y abandono á su pasion; á cada instante se veia mas y mas animada de sentimientos espansivos que daban á su palabra una elocuencia contradictoria con su educacion y su carácter.

—Ah! mi Eduardo! decia, pasando su tosea mano por la perfumada cabellera del amante, si yo hubiera sabido que V. podia quererme alguna vez, desde el primer momento habria ido á caer entre sus brazos, como estoy ahora, porque desde el primer momento sentí que lo queria con el alma.....Escondida entre los paraísos, lo vi llegar, lo vi bajar, y ese aire tan lindo que V. tiene cuando camina, me dejó pensando hasta muy tarde de la noche.

Eduardo se complacia en desarrollar estas conversaciones alhagüenas, esforzándose por conseguir que la inocente Maria Angélica le confiase todos los movimientos de su corazon desde el dia en que le habia dirigido la primer palabra, hasta el dia fatal en que la niña llegó á figurarse que una madre, siquiera sea con su santa imágen, puede no acudir en auxilio de la hija que se despeña en el abismo.

En las contestaciones ingénuas que daba Maria Angélica, lo que dominaba era el transporte, la alegría, el entusiasmo.

—Ya lo adoro, lo adoro.....decia ella á cada instante; ya no me acuerdo sino de V. en esta vida..... mire..... los pollitos que andaban antes se me han perdido ó se me han muerto; las flores del jardín se están secando porque muchos días me olvido de regarlas, los gilgueros se han escapado de la jaula, y hasta me parece que quiera menos á mi madre, porque todo el cariño es poco para quererlo á V... !

Esta lo repetia tanto, y con tanta espresion de sacrificio, Maria Angélica, que Eduardo le contestó un día impacientado:

—¿Me vas á contar otra vez la historia de tus pollitos y de tus gilgueros?

Pasados algunos días de estas escenas de efusion, por parte de la niña, siguieron algunas escenas de reconvenciones y reproches.

Se quejaba Maria Angélica de que Eduardo ya no la queria *ni un poquito*; que se hacia de rogar para tener las entrevistas; que ya no se quedaba junto á ella tanto rato como en los primeros tiempos; que no le hacia ya tantos cariños; que no la trataba ya con tanta finura como antes, y cada una de estas quejas era espresada con una puerilidad tan inocente, que hacia sonreír á Eduardo de placer, y le arrancaba mil satisfacciones afectuosas.

—V. ya no me habla como me hablaba al principio, exclamó un día Maria Angélica, llena de tristeza regalona. Todavía me acuerdo de la primer vez que lo ví en el arroyo. Que cosas tan lindas, las que me dijo entonces! yo no las entendia ¡pero me gustaban tanto!

Eduardo se rió de buena gana ante esta ocurrencia de la niña, y le hizo una larga esplicacion para probarle que el amor se revestia de distintas formas y pasaba por distintas fases; primero el entusiasmo; en seguida la ternura; la familiaridad mas tarde; la consideracion despues y la indiferencia al último.

—Pero esto ya sucede á la vejez, concluyó Eduardo; la naturaleza es sabia, porque entonces, el resultado seria el mismo aunque todavia sucediese lo contrario.

Maria Angélica escuchó con embeleso las estensas confiancias de su amante; pero fácil era percibir, por la falta de movilidad en su semblante, que no alcanzaba el sentido de lo que le proporcionaba tal deleite.

A medida que trascurría el tiempo, las escenas de reproches, las quejas tambien formaban cada vez mas ágrías, y mas embarazosas para la pobre Maria Angélica.

Eduardo estaba de mal humor, impertinente, hasta grosero!

Maria Angélica se ponía triste, pero un fondo de felicidad se descubria siempre, á través de sus disgustos ¡asaderos.

—Usted es muy malo, dijo un día á Eduardo; en el arroyo usted me dijo que yo tenia amores con Miguel . . . A Miguel yo nunca lo he querido, es muy bueno conmigo y no le tenia rabia; pero ahora, ni siquiera puedo verlo; cuando viene los domingos, hasta la enferma suelo hacerme por no estar con él—allí se enojan conmigo, porque yo no le hago caso.

—Y tienen mucha razon, contestó Eduardo en el instante; ¿por que no le has de hacer caso, si él viene á ver á tí?

—Ah! ¿á V. no se le importa eso?

—¿A mí?

—Sí!—¿V. no tiene celos de Miguel?

—No seas tonta, exclamó Eduardo con natural desprecio; que voy á tener celos de Miguel ni de nadie!

María Angélica soltó un amargo llanto y cayó desesperada en brazos de su desdeñoso amante.

Eduardo se sintió tristemente conmovido y le pidió perdon.

Desde ese día, Eduardo volvió á ser mas cariñoso y mas atento; cariñoso y atento con cierta exajeracion artificial, en que una mirada de experiencia hubiera podido descubrir, no el sentimiento del amor, sino la lástima.

Una cosa de singular, habia en las conversaciones de María Angélica y Eduardo; ninguno de ellos habló jamas de Montevideo, ni del *casamiento des'cho*.

María Angélica estaba radiante de alegria; animada, hermosa y presumida como nunca.

Si le hubiesen preguntado, cual era su mayor deseo en esta vida, habria respondido sin vacilar un solo instante.

—Vivir siempre como ahora!

FIN DE LA PRIMER PARTE.

REVISTA DE LA SEMANA.

Limitado es el espacio de que podemos disponer, y breve será esta vez nuestra revista.

El vampiro de la guerra civil, mas terrible que el de las famosas leyendas alemanas, continua agotando la sangre y el vigor de la generacion presente.

Los combates se suceden sin resultado, sin objeto, sin influencia real en el desenlace final de la cuestion.

Las Espuelitas, Severino, Corralito, la sorpresa de Tacuarembó, la

salida del 29 de Noviembre, el Sauce y Cardoso, la derrota de Fidelis y la derrota de Olivera, los amagos á Paysandú y al Salto.....cuanta lucha estéril! cuántas vidas malogradas! cuántos ódios fomentados por el horrible estimulante de la sangre!

Los orientales pelean y mueren como leones; aplaudan los animales feroces; pero la gente racional debe pedir que los orientales vivan y progresen como hombres.

La verdad y la justicia, son dos grandes fuerzas del universo moral; el desconocimiento de la una ó de la otra es el absurdo, y el absurdo es la última espresion de la impotencia.

Cuando los partidos se proponen *vencer* sobre su adversario respectivo, es precisamente ese propósito lo que los impide llegar á otro resultado que la prolongacion de una lucha criminal é interminable.

Todos saben lo que significa *vencer* en el diccionario de la política de partido, de la política de nuestros partidos de guerra.

Es oprimir, insultar y deshorrar al adversario; es el despotismo, no en nombre de un principio errado, sino de una pasión feroz: es la tiranía, la peor de las tiranías, la tiranía oligárquica de bando.

Tan violentas amenazas deben despertar muy formidables resistencias, y como las amenazas de ambas partes son iguales, iguales son las resistencias de ambas partes.

En el lábio convulso de cada campeón caído, vaga el valiente verso de la canción nacional:

Libertad ó con gloria morir!

El Gobierno de Pereira y la Dictadura de Flores, han enseñado ya lo que significa la victoria de un partido sobre el otro.

No! blancos y colorados aceptarán todas las consecuencias de una lucha desesperada, antes que someterse al yugo sangriento y ominioso del pasado!

Aparicio y Suarez, cometerán errores militares, que darán lugar á las peripecias azorosas de la guerra, pero el drama seguirá, como la tragedia antigua, bajo la invisible influencia de una fatalidad que conduce á la catástrofe.

El desenlace de la guerra por la guerra, es una gran desgracia nacional que todos presentimos sin alcanzar á definir sus caracteres.

¿Una tiranía interna? una intervención estrangera? una disolución nacional?

A todas estas dudas que el patriotismo levanta, se mezclan los áridos problemas de la cuestión financiera.

Es una ley ineludible; como el desórden y los vicios de los indivi-

duos, la anarquía y las prevaricaciones de los pueblos traen siempre la calamidad de la bancarrota.

Olvidamos ó destruimos las leyes del trabajo, de la economía, del progreso, en el desenfreno de las pasiones políticas, hasta llegar un día en que faltan los elementos para hacer seguir la máquina de nuestra vida inmoral y febriciente.

Entonces los gobiernos como los individuos, sacrifican sus propiedades ó recursos á vil precio; aceptan imposiciones usurarias en sus deudas, y cuando todos estos espedientes se encuentran agotados, trampean, roban, falsifican letras ó moneda.

Es la ley de la necesidad inexorable, y como la necesidad es relativa, los gobiernos ó los individuos, la aplica con arreglo al tren que se han impuesto.

Tal es el principio sicológico de los empréstitos que hemos visto realizar en estos meses, y del papel moneda que nos amenaza en estos días.

Casi inoficioso es dilucidar la cuestión económica, porque quedó agotada en las discusiones sobre la crisis bancaria; solo si que hoy han desaparecido hasta las circunstancias que daban antes á la emisión, ciertos visos de conveniencia práctica inmediata; hoy el papel moneda encuentra oposición hasta en los partidarios que el curso forzoso tenía antes.

¿Y llegará á establecerse el régimen del papel moneda?

Si, decimos resueltamente: si, dado caso de que la guerra se prolongue, dado caso de que los partidos no hagan una transacción honorable.

Hoy por hoy, tal vez pueda encontrarse un espediente que entreteña algunos días las fauces devoradoras de la Hacienda, pero esos espedientes van á desaparecer con la prolongación de la guerra, y entonces no habrá partidario del Gobierno que no sea partidario del papel moneda.

¿Por qué alucinar al pueblo en vez de prepararle el ánimo para la catástrofe? Guerra y papel moneda se acompañan como la hoguera y el combustible; como la embriaguez y el vino; como la lujuria y la orgía.

Llegará un momento en que será tan absurdo, decir al Gobierno: haced la guerra sin papel moneda, como decirle: haced la guerra sin fusiles y sin lanzas.

El buen sentido obrando sobre las premisas que den las pasiones de partido, acallará por fin todos los escrúpulos de las conciencias *soi-disant* honradas; pero si así no fuera, un golpe de Estado resolvería fácilmente la cuestión.

¿Quereis la guerra?—pues entonces habrá papel moneda, diría el Gobierno con imperio.

Y lo diría con razón, mientras la opinión pacífica no se pusiese en pie y declarase ni queremos la guerra, ni queremos el papel moneda; ni matanzas ni ruinas; garantías para todos los partidos y trabajo para todo el país; en esas garantías, en ese trabajo, encontrará el Estado la fuente primordial de sus recursos.

En cierto diario de la mañana, un extranjero aconseja que se formen comisiones de todas las nacionalidades para influir sobre las decisiones de la cuestión financiera; aplaudimos la intención; pero encontramos ineficaz el medio.

Esas comisiones, deben formarse, como estallido de la opinión ilustrada, de la verdadera opinión del país; pero si lo que piden no es la terminación de la guerra, la paz sobre anchas bases, todo esfuerzo será inútil, impotente, porque no llegará hasta las raíces del mal, que son profundas.

Cárlos María Ramírez.

SUETOS DIVERSOS.

Albores.

Germinan por todas partes aspiraciones aisladas de regeneración y de justicia; el sentimiento del bien no se ha perdido; no ha muerto la conciencia, sino en el espíritu de unos cuantos ambiciosos; duerme apenas en el espíritu de las masas y vigila en muchos espíritus elevados.

El grito de la paz y de la fraternidad escapa á todos los corazones bien puestos.

La idea del sufragio universal y su correlativa de la convención extraordinaria, asoman en todas las cabezas inteligentes é ilustradas.

Perseveremos en la empresa, y lo que antes era aspiración aislada no tardará en ser fuerza social, y lo que antes fué grito del alma se convertirá en clamor del país, y lo que hasta hoy es una idea, será mañana—*opinión pública*.

El partido colorado, en cuyo seno se conserva todavía tanta savia, que no puede hoy desarrollarse por las ligaduras del pasado que lo oprime, empieza á efectuar las evoluciones inconscientes que preparan una transformación política.

El Siglo ha arreado su bandera de guerra, y proclama abiertamente que la lucha actual es una lucha de bandos, sin más solución legítima que un sometimiento general al fallo de la soberanía del pueblo.

La Tribuna, ha arreado también su bandera de odios, y solo muy de tarde en tarde, aparecen ya los epítetos feroces de la literatura de partido.

En fin, *El Independiente* de Fray-Bentos, que jamas ha desmentido su nombre, y que hace honor á la prensa de campaña, clama por la pronta conclusion de la guerra, colocando en primera línea el desenlace de una transaccion honorable *que salve todos los derechos, que dé garantías á todos los partidos.*

Nos interesa en alto grado, hacer conocer este movimiento de ideas en el seno del partido colorado, y con este objeto damos á continuacion un artículo del *Independiente*,

Si el ilustrado cólega se convence, como ha de convencerse en breve todo el pais, de *que la guerra civil por la guerra civil no tiene término*, entonces su programa ha de confundirse con el nuestro, y será para nosotros un honor el compartirlo como correligionarios políticos;

GOBIERNO MISTO Y CONVENCION NACIONAL.

Dice asi el artículo á que nos referimos:

«LA PAZ Y LA GUERRA.

Las situaciones indefinidas, la política mezquina de las vacilaciones y las dudas, no pueden sino traer males al pais.

El prolongar por mas tiempo esta especie de *statuquo* en que estamos, es adelantar á pasos de gigantes en el camino de la ruina y de la perdicion de la República.

O la paz ó la guerra.

La opinion pública se manifiesta unanime en pedir que se dé una solucion al conflicto político que ha puesto de nuevo las armas en la mano de los viejos partidos.

El gobierno del general Batlle que no supo ó no quiso aprovechar la oportunidad mas propicia que se ha presentado á gobierno alguno, para alzar el beneficio de la paz sobre sólidos cimientos; para reconciliar bajo la bandera del sufragio universal á los hijos de una misma madre, cargaria con una inmensa responsabilidad para ante el pais: para ante la historia, sino pone todos los medios á su alcance á fin de dar una pronta solucion á este estado de cosas que nos arruina y nos empequeñece.

Si se han buscado ya todos los medios para arribar á un arreglo honroso para ambos partidos si hemos de renunciar á las esperanzas benditas que haria germinar en el alma, el espectáculo grandioso de la reconciliacion de los antiguos bandos, si nuevos horrores nos esperan; si nueva sangre ha de derramarse: precipiten ese momento terrible: para salir, aun á costa de nuevos sacrificios, de nuevas víctimas, de esta situacion insoportable porque atravesamos.

Si la paz es imposible por medio de un acuerdo que salve todos los derechos, que de garantías á todos los partidarios, busquemos la paz por medio de la guerra, pero busquemosla pronto, sin perdida de tiem-

po pues podria suceder muy bien que cuando la encontraramos, nos fuese inútil, por haber perdido nuestra existencia de nacion independiente.

El gobierno tiene elementos de sobra para concluir con la reaccion. ¿ Por qué pues estamos perdiendo un tiempo precioso ? ¿ Por qué no evitamos la ruina, y el atraso consiguientes á este estado de cosas que participa de la guerra y de la paz al mismo tiempo ?

La paz, ó la guerra; pero que la situacion se defina de una vez. »

Trabajo ahorrado.

¿ Quién no conoce á Dermidio De-Maria en la República Oriental del Uruguay ?

Diez años hace que empuñó el cetro de la gacetilla y no asoma todavia quien se atreva á disputárselo.

Dermidio es un gacetillero tipo que no se parece en nada á la turba de gacetilleros que zumban en las columnas de los diarios del Plata.

Tiene su personalidad y su sistema, tan firmes é incommovibles como el diccionario de la Academia Española.

Es una cabeza dura, cimentada con lo bueno y donde no penetra ni lo mejor ni lo malo.

Dermidio, no es susceptible de progreso, pero tampoco es susceptible de degeneracion; esto es un don incomparable en tiempos, que al popularizar la literatura del diario, poco les ha faltado para hacerla insipida y banal.

Dermidio no dará un paso hácia adelante; pero en cambio, hasta hoy no se le ha sorprendido en un traspies.

Quien lo busque por el lado de la ruidosa fecundidad del loro, recibe un chasco soberano.

Dermidio es parco, sóbrio, difícil.

No tendrá como otros la virtud de presenciar todas las riñas de la calle, para describirlos en seguida con dramáticos colores, ni de asistir á todas las funciones de teatro para deleitarse en todos los artistas de todas las compañías habidas, ni de recojer todas las hablillas del dia para comunicarlas pomposamente á los lectores.

Dermidio es un gacetillero; no un payaso.

Escribe poco; pero no miente nunca.

Mientras los otros dispersan y despilfarran su talento en mil escritos ligeros, superficiales y vacios, Dermidio se reconcentra, observa, medita, y en media docena de palabras bien urdidadas dice mas que todos sus cólegas en una inmensa pila de chuscadas.

La gacetilla de Dermidio es la mas estrecha en dimensiones, y la

mas vasta en alcances; extracto de carne que para los lectores, se deslie en toda una meditacion de crítica elevada.

En todas las gracias de Dermidio, hay siempre una observacion justa; una idea moral, un pensamiento político.

El escritor de un diario sério, podria limitarse á desarrollar sucesivamente el fondo mismo de esas gracias, y llenaria cumplidamente su mision.

Cuando éramos compañeros de tarea, cuantas veces no tomabámos á hurtadillas sus autógrafos, correctos y severos como él mismo, y saliamos en seguida á llenar una columna sobre lo que acababámos de ver espresado en dos renglones!

Entonces el delito no era grave; pero hoy, si reincadiéramos, estaríamos espuestos á sérias responsabilidades literarias.

Teniamos intencion de escribir dos articulos estensos—uno sobre la situacion de la campaña, y otro sobre el escándalo de nuestro actual sistema de finanzas; pero cuando encontramos que Dermidio habia llenado esa tarea en dos sueltos que no miden una cuarta, ni quisimos que nos acusaran de difusos rapsodistas, ni tuvimos estímulo para tomarlos un trabajo estéril.

Hable Dermidio, nos dijimos, y haga comentarios el lector; tiempo perdido es lo demas.

Desmientan la verdad de estos cuadros, los partidarios de la anarquia política y financiera en que se revuelca la República.

Dice la gacetilla del *Siglo*:

«Situacion de Dolores.

Puede pintarse con irreprochable fidelidad con cuatro palabras:

El comercio—muerto y casi sepultado.

Las escuelas públicas—cerradas porque los maestros no han logrado alimentarse del aire como el camaleon.

El campo—yermo por la seca.

El número de habitantes—reducido á la mitad.

Las madres—llorando á sus hijos menores forzados al servicio militar.

Los caballos—convertidos en andantes esqueletos, únicos dejados á la industria por las exigencias militares.

Las vacas y ovejas—tan seguras como un vinten en la puerta de una escuela.

El porvenir—mas negro que la tinta.

Desafiamos á los pintores á que desmientan la exactitud de estas

pinceladas, aplicables con ligeras variaciones á todos los pueblos de nuestra campaña. »

« **Allá y aquí.**

En los Estados Unidos rigen actualmente los siguientes sueldos anuales:

El Presidente de la República.....	\$	25,000
Un Ministro.....	«	8,000
Un Senador.....	«	4,000
Un Representante.....	«	3,000
Un miembro del Tribunal de Justicia.....	«	7,500
Un Enviado estraordinario en Inglaterra, Francia ó Italia.....	«	18,000
Un ministro Residente.....	«	7,500

En la República Oriental ganan:

Un proveedor mimado.....	«	Lo que se le antoja.
Un inválido.....	«	Vuelva usted mañana.
Una viuda.....	«	Dese una vueltita. »

El canto popular de la fraternidad.

Si hay una manifestacion individual que tenga el privilegio de revelar el pensamiento colectivo de las masas, los sentimientos generales de una época, el espíritu íntimo de un pueblo, es sin duda esa poesia espontánea, desordenada, incorrecta, que brota del seno de la sociedad como la vegetacion exuberante de las entrañas de la tierra sin cultivo.

Nadie conoce al autor de esos cantos humildes y modestos, que todos repiten como la expansion natural de su alma propia; huerfanos que vienen al mundo para encontrar un hogar en cada corazon, y un padre en cada lábio.

No se encuentra en ellos ni la claridad de las nociones científicas, ni la profundidad de la poesia reflexiva, ni la inspiracion de la poesia lirica; todo es vago, ligero y tímido, como fiel reflejo del espíritu inculto, inquieto y abatido de las masas en que su accion se ejerce; pero en cambio, cuanta verdad de sentimiento y cuanta naturalidad de espresiones!

Ese es mi corazon y mi lenguaje! dice el pueblo al mantener eternamente vivo el eco de esos cantos que el arte olvida y menosprecia.

Décimas ligeras que la guitarra acompaña con sus imperfectas armonias, podrán á veces ser mas útiles para la historia del Plata, que mu-

chos documentos oficiales, sobre cuyo testo derrame la erudicion sus comentarios.

En aquellas, puede encontrarse el alma de una generacion y de una época, mientras estos no revelan á menudo sino las esterioridades que se determinan por accidentes casuales ó por una iniciativa personal.

Siempre que á presencia nuestra se ha entonado uno de esos cantos populares que á centenas conocen nuestros gauchos, hemos prestado un oido atento, con la conviccion de que escuchabamos el latido de un corazon que se confunde con el corazon del pueblo.

De los mas triviales de esos cantos, se puede siempre recojer una idea, un sentimiento, una modalidad del espiritu popular en circunstancias dadas.

Así, cual seria nuestra sorpresa y nuestro júbilo, cuando en estos dias escuchamos de los labios de un amigo el canto de la fraternidad anónimo, sencillo y espontaneo como todos los cantos populares!

El amigo que con voz emocionada lo entonaba, tenia una divisa de guerra en su sombrero, una divisa por la cual acababa de pelear y por la cual volvia de nuevo á la batalla; pero en el fondo de su corazon, habia un sentimiento de paz y de concordia que vibraba con el canto de la fraternidad.

¿No será esa la imájen real de las masas que luchan y mueren en la lucha actual de los partidos?

¿No tendrá mas fuerza que la divisa de guerra, impuesta por las esplotaciones del caudillo, el canto de la fraternidad que brota espontáneamente de su alma?

Digamos que si, para tener siquiera una ilusion hermosa sobre el porvenir de la patria, y entreguemos á la publicidad estas décimas que encierran, junto con la exalacion de los dolores que la anarquía enjendra, todo un programa de regeneracion política, al alcance del mas humilde entendimiento y del menos ilustrado patriotismo.

Es posible, ciudadanos,
 Que nos quieran dividir
 Y que nos quieran concluir
 Con nuestros propios paisanos !
 Pues siendo todos hermanos
 Por qué hay esta desunion;
 O no habrá en nosotros razon
 Que nos pueda convencer
 De que debemos tener
 Patriotismo y corazon ?

Que desgracia y cataclismo
 Del país donde hemos nacido,
 Que lo hemos de ver perdido
 Por nuestro delito mismo;
 Déjemos el despotismo;
 Tengamos tranquilidad,
 Que ya basta de arruinar
 A nuestra patria querida;
 Ya basta de perder vidas;
 Vamos á vivir en paz!

Compañeros ! es un duelo
 El mirar entre nosotros
 Con la sangre de unos y otros
 Regar nuestro propio suelo !
 Que terrible desconsuelo
No pycaver elecciones;
 No se rieran las naciones
 De nuestra fatalidad
 Al ver tanta terquedad
 En nuestras torpes cuestiones !

Al fin echando en olvido
 Y corriendo un velo á todo
 Lográramos de este modo
 El ver el país constituido;
 Que si vivimos unidos
 Teniendo tranquilidad,
 Nuestra patria se alzará
 Sobre sus glorias ufana,
 Y en la sangre americana
 Brillará la libertad !

Cobranza.

Con la entrega de este número, empieza la cobranza del 2º mes, correspondiente á los números 5, 6, 7 y 8.

A los Señores Agentes en Campaña.

Pueden dirigirse para todo lo referente á este Periódico, al Sr. Dn. Leopoldo Machado.